

Roja Internacional.

Estos heridos están algo alejados de aquel puesto y, dado los pésimos caminos de la Sierra, no puedo adelantarle una hora fija de llegada. Deben estar prevenidos esta noche por si podemos hacerlos llegar en el curso de la misma. Le reitero la seguridad de que la tregua será estrictamente cumplida por nosotros. No obstante, queremos saber el alcance exacto de la misma para abstenernos de hacer movimientos militares en esa zona, evitando así choques que pudieran empañar este hermoso acto de confraternidad en el dolor. Para nosotros son necesarias 48 horas a partir de la llegada del delegado de la Cruz Roja Internacional, anunciada por Radio para las 2 p.m. del día de mañana. A partir de ese instante, quedarán automáticamente rotas las hostilidades, salvo indicación expresa en contrario. Debo aclararle además que, para nosotros la tregua existe estrictamente en la zona de Las Vegas, rogándole a usted me comunique antes de las 6 a.m. cuál es el alcance que da su Estado Mayor a la misma.

Obviando responsabilidades, debo comunicarle que los heridos se moverán en las zonas comprendidas entre los vértices siguientes: las Vegas, Mina del Frío y Altos del Jigüe; si se repite el bombardeo y ametrallamiento que sobre esa zona se efectuó hoy, pueden ocurrir desgracias lamentables.

No es exageración mía al advertirle esto, ya que por orden expresa de nuestro Comandante Jefe, Fidel Castro, entregaremos, además de los heridos, a todos los sobrevivientes del Batallón 18 de Infantería, dirigido por el comandante Quevedo, que se rindieran a nuestras fuerzas. Tomamos esta decisión basados en razones humanitarias, por el grado de desnutrición a que había llegado esa tropa luego de resistir 10 días de cerco, en heroico cuanto estéril sacrificio.

[...]

Deseando estrechar su mano en más felices circunstancias para Cuba, y en rueda de compañeros, se despide cordialmente de usted,

Che

Comandante de la Columna No. 8 "Ciro Redondo"

El general Eulogio Cantillo, jefe de la zona de operaciones, firmaba el 22 de julio en el puesto de mando de Bayamo una directiva para la evacuación de heridos y prisioneros donde establecía que la operación se efectuaría al día siguiente, a las 2:00 de la tarde. La Cruz Roja se movería de Manzanillo o Bayamo hasta Yara y Estrada Palma, y formaría un convoy de camiones y jeeps para llegar a las Vegas ese mismo día o al siguiente por la mañana. En esa directiva, el general Cantillo aclaraba lo siguiente:

El trato a los rebeldes en caso que acompañen a los heridos debe ser cortés pero firme, no dejándoles pasar de las avanzadas de la Unidad, ni fraternizar con la tropa, y requiriendo su regreso tan pronto entreguen heridos y prisioneros.

El 23 de julio, en horas de la mañana, Faustino Pérez y Carlos Franqui llegaron con un grupo de heridos a las Vegas y firmaron, en nombre del Ejército Rebelde, el acta de entrega de estos primeros 15 guardias heridos, los más graves. En el curso del día, después de la llegada del convoy de la Cruz Roja, encabezado por su delegado Pierre Jacquier, comenzó a brotar del monte e ingresar al campamento enemigo la impresionante caravana de 238 prisioneros, incluidos otros 42 heridos, para el total de 253 guardias entregados ese día. Es importante decir que la entrega se desenvolvió normalmente, sin incidentes, y que la tregua acordada fue respetada por las dos partes.

Si alborotadora fue la presencia de una mujer guerrillera —Teté Puebla— entre los guardias, más revuelo aún causó la sorpresiva llegada del Che, quien bajó en un mulo desde Mompié y compartió un buen rato en la casa de Bismark con los representantes de la Cruz Roja y los jefes de la compañía sitiada. Hasta sus buenos tragos de coñac bebieron juntos, con lo que el Che se adelantó unilateralmente a su ofrecimiento de celebrar las más recientes

victorias. Ya el Che había comenzado a convertirse en leyenda, y los guardias no desestimaron la oportunidad de poder ver al comandante guerrillero argentino.

No hay que insistir en lo que significó este acto de entrega de heridos y prisioneros, que, por supuesto, fue silenciado por la propaganda enemiga. Sin embargo, de inmediato se corrió entre las filas de todas las unidades participantes en la ofensiva el testimonio vivo de estos guardias, tanto por el trato humanitario recibido como por las potencialidades efectivas de las fuerzas rebeldes, capaces de derrotar y rendir un batallón completo, destruir sus refuerzos y capturar en combate tan numerosa cantidad de prisioneros. Por nuestra parte, se trataba de una demostración elocuente de la ética con la que se desarrollaba la lucha del Ejército Rebelde. No tengo la menor duda de que esta primera entrega de prisioneros en las Vegas de Jibacoa tuvo una influencia importante en el curso posterior de los acontecimientos.

Cumplido este interludio, estábamos en condiciones de reiniciar las operaciones para lograr la rendición de la tropa enemiga cercada en las Vegas de Jibacoa, la única que a estas alturas quedaba en el interior de la montaña tras la retirada hacia Las Mercedes, el 27 de julio, de las fuerzas que habían ocupado Minas de Frío, e incluso, las establecidas en San Lorenzo, en cumplimiento del nuevo plan de operaciones enemigo a que hice referencia en el capítulo anterior.

Ya el 25 de julio, el Che había distribuido todas sus fuerzas en las alturas que rodeaban el campamento enemigo, concentrado en el pequeño llano entre las casas de Bismark y Santiago Torres. En este sector actuarían las escuadras de Joel Iglesias, José Ramón Silva y Luis Crespo. El Che y otras escuadras rebeldes se habían situado en la falda de la loma de El Desayuno, directamente sobre el único camino por el que tendrían que tomar los guardias de la Compañía 92 si quisieran escapar. Desde esas posiciones, el Che controlaba de manera total cualquier movimiento, y se hallaba dispuesto, no solo a cerrar en El Desayuno un intento de huida, sino también a golpear al enemigo en retirada desde la retaguardia.

Por su parte, siguiendo nuestra ya probada estrategia, Camilo y sus hombres, se habían colocado en la falda exterior de la loma de La Llorosa, preparados para rechazar cualquier intento de refuerzo a la tropa sitiada, tanto del Batallón 17 desde Las Mercedes como del Batallón 23 desde Arroyón.

Recuérdese que el único acceso a las Vegas desde el llano era a través del estrecho camino que pasaba por la loma de El Mango y atravesaba luego la de El Desayuno, donde discurría a lo largo de un desfiladero entre la abrupta falda de esta loma y el cañón del río Jibacoa, que en esa región fluía entre enormes piedras y grandes pozas, algunas de ellas las más espectaculares de toda la Sierra.

En este tramo del camino, que apenas daba paso a un vehículo, fue donde pudo haberse montado una resistencia efectiva, en ocasión de la entrada del enemigo en las Vegas. No se logró entonces, como vimos en su momento, pero yo estaba decidido a que esta vez el terreno sería aprovechado al máximo por nuestras fuerzas, y que allí se produjera una nueva victoria. Además, quienes dirigirían la operación eran nada menos que el Che y Camilo, y bien sabía yo que ellos no conocían la palabra vacilación.

Lo importante era que si esa constituía la única ruta de acceso a las Vegas, igualmente iba a ser la única de escape de la tropa sitiada en ese lugar. Resultaba impensable que el Ejército intentara otro camino, pues cualquier variante lo conduciría más al interior de la montaña, y a estas alturas, en las condiciones físicas y morales en que se encontraba la tropa enemiga de las Vegas, no cabía en absoluto otra posibilidad que la de intentar la huida. Por otra parte, no salir por el camino planteaba la empresa, casi imposible, de escalar la impresionante mole de La Llorosa o la no menos escarpada falda de El Desayuno. El jefe de la Compañía 92 no podría imitar a Sánchez Mosquera y sorprender con un movimiento fuera del camino existente.

El 26 de julio, el mismo día en que comenzó la retirada del Batallón 11 de Santo Domingo, el Che me informó en un mensaje que la tropa de las Vegas estaba completamente sitiada e, incluso, proponía lanzar contra ella un ataque en regla esa noche, seguro de que se rendirían en un par de horas. Pero cambió de idea y decidió esperar, pues recibió noti-

cias de que el capitán Durán Batista, quien se había dado cuenta de que su posición era desesperada, estaba dispuesto a negociar.

Al mediodía del 28 de julio, el Che me pidió autorización para acordar con el capitán enemigo la salida del personal sitiado, previa la entrega de todas sus armas y pertrechos. Ese mismo día, el Che recibió una comunicación del comandante Armando González Finalé, jefe del Batallón 23 ubicado en Arroyón, en la que le proponía una entrevista. De inmediato, el Che despachó un mensajero con la siguiente nota al capitán Durán:

Obra en mis manos una comunicación del comandante Finales [Finalé] en que me invita a conferenciar. Ud. sabe que mañana será tarde para eso y trato de ahorrar sangre. [...] Debe saber también que está rodeado y no puede esperar ayuda del exterior; eso solo traerá más sangre para ambos bandos pero principalmente para uds.

Si realmente no acepta esta entrevista, correspondiendo a mi caballeridad debo aconsejarle que deje las casas y se proteja en trincheras; todos los altos son nuestros. Yo le ofrezco dejarlo salir de allí con todos sus hombres y conservando las armas cortas, sin cumplir con el trámite de ser prisioneros, es lo más que puedo ofrecer dado el número de hombres que tengo sobre ese punto y la seguridad absoluta de que están perdidos.

Recurro a sus sentimientos patrióticos para que [no] anteponga falsos orgullos y evite una sangría inútil.

Durán le respondió al Che que al día siguiente le enviaría su contestación o iría personalmente a entrevistarse con él, pero debía antes informar de la oferta a su jefe inmediato y que, además, estaba esperando un convoy de suministros, por lo que le era imposible moverse en ese momento.

Pero los acontecimientos se precipitaron. El alto mando de la tiranía había decidido enviar al Batallón 23 en auxilio de la compañía sitiada en las Vegas. Ese era el "convoy de suministros" a que se refería Durán Batista, y que chocó inevitablemente con las emboscadas de Camilo en El Mango.

El mismo día 28, antes del combate contra el refuerzo, Camilo me envió el siguiente mensaje:

Estoy en la posición que me indicó el Che, tengo bien explorado todo y estoy rogando para que algún Dios ignoto nos traiga una tropa por este lugar. Tengo el "jamo" preparado para pescar por lo menos 25 ó 30, ayer cuando el fuego grande en S. Domingo, los de Arroyones corrieron como locos, el pánico se ha apoderado de las Tropas enemigas, las noticias corren veloces, parece [que] ya saben los últimos leñazos que hemos dado.

Ese día varios camiones con guardias y suministros salieron del campamento de Arroyón. El convoy de refuerzo, compuesto por tres compañías de infantería, estaba apoyado por dos tanques ligeros T-17 y una batería de obuses de 75 milímetros que se ubicaron en el alto de La Güira. El dispositivo estaba a las órdenes del teniente coronel Ferrer da Silva. Una de las tanquetas T-17 precedía la caravana, al mando de la cual viajaba el capitán Victorino Gómez Oquendo, jefe de la compañía de tanques del puesto de mando de Bayamo. Los vehículos se movieron sin novedad hasta el entronque del camino que sube desde Las Mercedes, y prosiguieron su cuidadosa marcha en dirección a Los Isleños y, más allá, a la loma de El Mango.

Desde sus posiciones en la falda de La Llorosa, los hombres de Camilo vieron acercarse al enemigo. Arriba, la aviación bombardeó y ametralló las posiciones donde presumía que estaban ubicados los combatientes rebeldes. Abajo, directamente sobre el camino, preparado con minas y zanjas para impedir el paso de los vehículos, estaban las escuadras de los capitanes Orestes Guerra y Lázaro Soltura. Cuando el convoy penetró en el tramo donde el camino se estrechaba, entre el farallón de la loma y el cañón del río Jibacoa, los rebeldes abrieron fuego. Los camiones se detuvieron y los guardias saltaron a tierra y buscaron protección. La tanqueta siguió avanzando, mientras sus ocupantes permanecían confiados dentro del blindaje. Pero al otro lado